

El invasor

Steve Clark

Miraba por la persiana de su cuarto del segundo piso. La desolación de la calle le recordó que era tarde. Ya era tiempo. Buscó su mochila y la llenó con sus pinturas de aerosol. Verde, negro, azul, amarillo y su color más usado, el rojo. Le recordaba los golpes que había recibido de su padre. Llevó consigo su ipod y la música rap que escuchaba mientras pintaba, especialmente la de Public Enemy. No entendía todo lo que cantaban pero todavía para él representaba lo que percibía en su arte. También, llevaba consigo una cámara para documentar su obra. Los artistas de graffiti solían hacer esto por el miedo a que alguien lo cubriera con pintura y perdieran así su trabajo.

Juan solía salir de su departamento más tarde pero esta noche era diferente. Tenía algo más importante para realizar. La obra por la cual todos lo iban a conocer. Para evitar a sus padres salió a escondidas hasta la puerta de la entrada. Colocó la mochila al lado y fue a buscar su última herramienta, una escalera portátil. Bajó a la calle y sintió un profundo silencio. Las calles vacías carecían del sonido que permitía la sanidad. Y ahora, más que nunca, Juan necesitaba esa sanidad. Entonces, en ese momento se puso los auriculares y se embarcó en busca de la pared. Tenía que ser una pared cerca del colegio donde todos los chicos la podrían ver. Sabía exactamente dónde tenía que ir.

El colegio quedaba en el barrio Núñez al lado de la cancha de River Plate no muy lejos de la casa de sus padres en Belgrano. Juan caminó en la oscuridad en dirección al colegio. Al llegar más cerca pasó varias paredes buenas para pintar. Sin embargo, decidió seguir. Su destinación ya fue hecha. Era como si hubiera sido escogida específicamente para su obra. Caminaba por la avenida del Libertador, una calle bastante grande rodeada por una mezcla de edificios grandes y casas bien establecidas. Se acercaba a su destino. Empezó a caminar más lentamente como si sintiera un peso sobre sí por lo que iba a ocurrir.

Una cuadra más. El peso le parecía demasiado. Caminaba cabeza abajo y al llegar a la pared que buscaba levantó la vista hacia un

edificio que había visto antes. Era un edificio blanco, con estilo neoclásico, rodeado por una verja negra. Sobre su fachada estaban las palabras —Escuela de Mecánica de la Armada—. Juan aprendió sobre este lugar al leer de la guerra sucia, para él un evento extraño siendo que nació años después. Pero leyó sobre lo que había pasado ahí en su clase de historia y le impactó mucho.

La pared quedaba al otro lado de la calle a plena vista de los que pasaban por ese lugar. Paró en frente y contempló el horror que experimentó ese edificio. Muchos habían sido torturados en ese lugar y una cantidad desconocida habían sido asesinados. Después de algunos minutos de contemplar su legado, empezó el mural. Antes de empezar buscó en su ipod un álbum adecuado para el espacio, *It Takes a Nation of Millions to Hold Us Back* de Public Enemy.

Sacó de su mochila las latas y empezó a pintar. Acariciaba la pared con los spray amarillo, azul, negro y rojo. Subió su escalera portátil y cubrió la pared de un lado a otro casi 5 metros y de arriba a abajo cerca de 3. Enfocado en la tarea, no se dio cuenta de que habían pasado casi tres horas. Era hora de salir. No podía afrontar otro golpe de su padre. Al terminar el mural, lo firmó con su pseudónimo, *El Invasor*. Creía que invadía la calle con su graffiti. Puso todas sus latas dentro de su mochila negra y bajó de la vereda. No era importante que él viera otra vez su obra pero no pudo resistir. La miró atentamente una vez más y salió rumbo a su casa.

Juan se levantó soñolientamente por los hechos de la noche anterior. Se vistió rápidamente y caminó al colegio. Una cuadra antes de llegar no pudo evitar pasar su exhibición pública. Había unos siete u ocho pibes mirando con atención el mural. La mayoría de ellos riéndose por lo que acababan de encontrar. Nada había cambiado desde la noche anterior y nadie había intentado cubrirlo con pintura. Todos miraban fijamente a dos personajes besándose en la pared: uno de ellos, Maradona, y el otro, Evita Perón. Una bandera de la república quedaba al fondo de su encuentro. Un testimonio de la ingenuidad que todos nosotros compartimos.